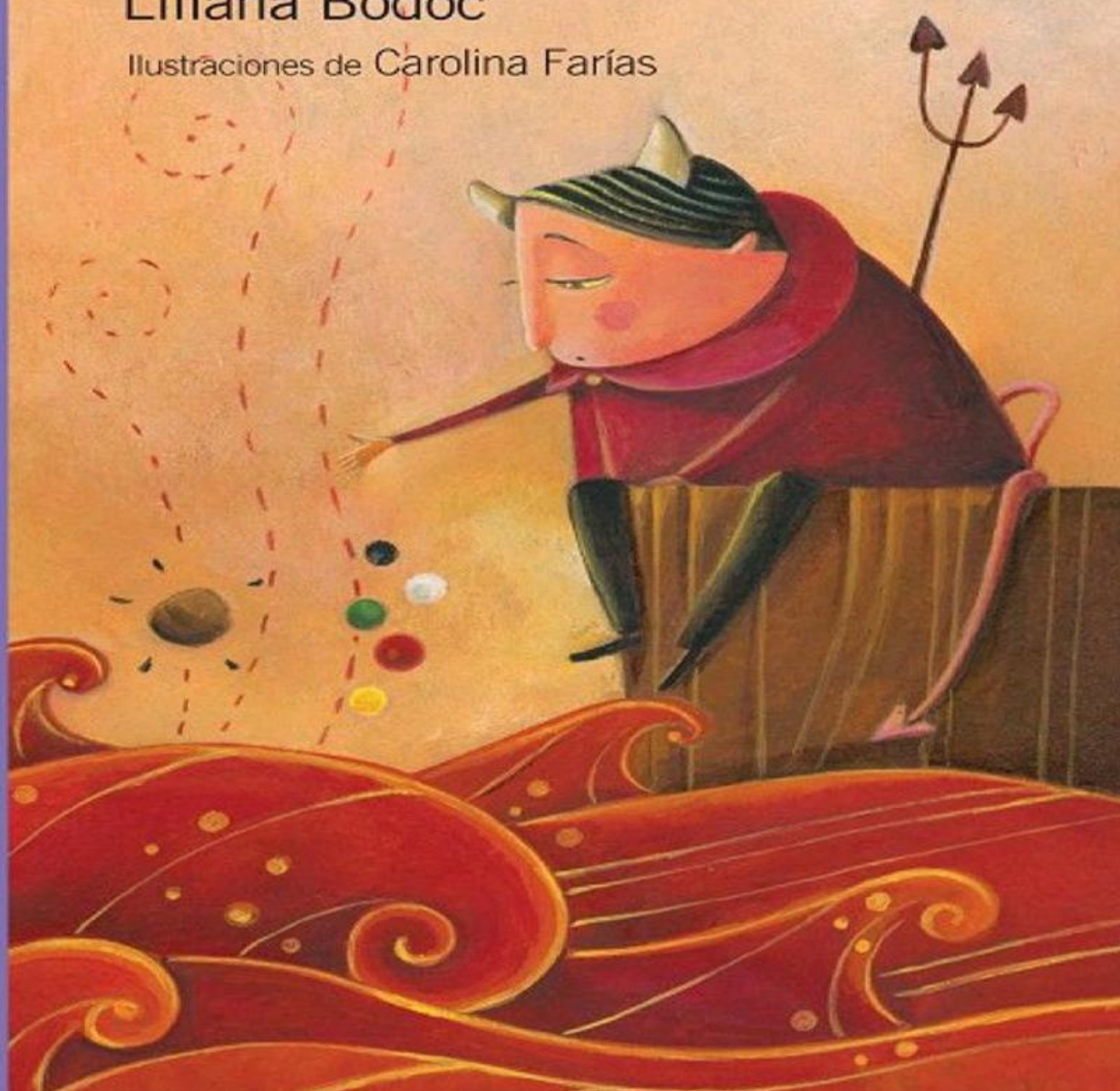


ALFAGUARA INFANTIL

Sucedió en colores

Liliana Bodoc

Ilustraciones de Carolina Farías



Sucedió en colores

Liliana Bodoc

Ilustraciones de Carolina Farías



*Dedico este libro a Violeta,
mi amiga del alma,
porque tiene colores.
en el nombre y el corazón.*

ROJO

Ocurrió cuando el diablo abandonó sus fuegos por una vendedora de manzanas.

En ese tiempo, muy lejano de este día, los mercados callejeros eran el corazón del mundo.

Cada ciudad tenía un mercado lleno de colores, olores y ruidos donde la gente se reunía a vender y comprar, a discutir sobre los reyes, los eclipses y las cosechas... Y a enterarse de las últimas noticias.

Pero, entre tantos mercados, hubo uno que se hizo cuento porque allí llegó el diablo enamorado.

Su nombre era Mercado de las Rosas; el más colorido, oloroso y ruidoso de cuantos se conocieron.

El Mercado de las Rosas fue famoso por sus pregones, esas cancioncillas que nos invitan a gastar nuestra última moneda para comprar algo que no necesitamos.

Y los vendedores del Mercado de las Rosas eran realmente buenos para eso.

—Frutillas tengo y más,

tengo frutillas

para pintar la boca, y dulces

tengo frutillas.

—Nunca hemos escuchado pregones más convencedores que estos —decían las buenas personas. Y no se equivocaban.

—¡Hay langostas, langostas!

¡Las de ojos tristes...,

las más sabrosas!

Cuando el color del amanecer separaba la Tierra del cielo, los toscos vendedores se transformaban en poetas. Camarones, granadas, tomates, sandías...; todo se ofrecía con tanta gracia que resultaba difícil resistir la tentación.

Pero tentación, si de verdadera tentación queremos hablar, fue la que sintió el diablo cuando vio a Rubilda, la vendedora de manzanas.

El puesto de la muchacha era uno de los más concurridos del mercado:

—¡Manzanitas crujientes, compre vecina!

¡Del manzanar del rey, venga y elija!

La bella Rubilda cantaba su pregón girando hacia un lado y hacia otro. Y era tan grato verla con su trenza pelirroja puesta a un costado que no había hombre, mujer, niño, perro o pájaro que no se detuviera a mirarla. Ni hombre, ni mujer, ni niño, ni perro, ni pájaro. ¡Ni el mismísimo y temible diablo!

Desde una ventana de su infierno, el diablo estuvo mirando a Rubilda durante un año entero, de mayo a mayo. Y cada día se enamoraba más.

A causa de tanto amor, el diablo dejó de lado sus obligaciones.

Sin nadie que los atizara y los soplara, los montes de fuego, los mismos que espantaron al hombre de punta a punta del tiempo, comenzaron a perder tamaño y poderío.

Mientras eso ocurría, el pobre diablo no hacía otra cosa que estar sentado a orillas de un río de

lava, arrojando pedacitos de brasas y suspirando por Rubilda.

—Esto no puede continuar así —le dijo su madrina.

Y es que el diablo tenía madrina. ¡Las madrinas tienen mucho que ver con los cuentos!

El diablo se puso a temblar de miedo. Su madrina era persona de muy mal carácter. Y a juzgar por el gesto curvo de su boca y el color subido de sus mejillas estaba de verdad enojada.

—¡Exijo que me expliques de inmediato qué está sucediendo contigo! —El chillido de aquella enfurecida madrina del diablo resonó hasta en los rincones más lejanos del infierno.

El diablo agachó la cabeza, se agarró la larga cola y empezó a retorcerla.

—Y bien... —dijo la madrina—. ¿Vas a decirme de una buena vez por qué este lugar ha perdido su calor de desierto eterno y su olor a estómago de tigre?



—Ru... —balbuceó su ahijado—. Rubil... —respiró profundo para darse ánimo—: Rubilda.
—¿Rubilda? —La madrina perdió la poca paciencia que le quedaba, y dio tal terrible grito que

despertó a los volcanes dormidos—. ¿Y puedo yo saber quién es Rubilda?

Como respuesta, el diablo dibujó un corazón justo en el centro de un enorme brasero. Después, utilizando la uña que tenía mejor afilada, trazó la letra “R”.

—“R” de Rubilda —explicó el diablo.

Enseguida trazó una “D”.

—“D” de mí —murmuró.

La madrina extendió un dedo acusador. Pero como era muy anciana y no tenía ganas de caminar, hizo que su dedo creciera hasta apoyarse con fuerza en el pecho de su ahijado, que estaba parado a un metro de distancia. Recién entonces le habló:

—Supongo que sabes esto: la palabra “mí” no comienza con “d” sino con “m”.

—Sí, madrinita.

—Entonces, ¿puedo saber, mi ahijado, qué fue lo que quisiste decir? —La madrina trataba de controlar los escorpiones que avanzaban por su sangre.

—Claro que puede, madrinita.

—¡Pues, dímelo enseguida! —gritó la anciana. Y los volcanes del mundo, que estaban retomando el sueño, volvieron a despertarse.

—“D” de “diablo” —dijo el diablo—. Eso quise decir, mi madrinita... “R” de “Rubilda”. “D” de “diablo”.

El dedo acusador de la madrina regresó a su tamaño habitual, y su gesto se dulcificó un poco. Llamó a su ahijado, y le pidió que se sentara a su lado, sobre un tronco encendido.

—Así que de amores se trata...

El diablo dijo que sí con la cabeza.

—¡Escuche usted, muy bien lo que voy a decirle!

El diablo sabía que cuando su madrina lo trataba de usted, era porque estaba a punto de decir algo importante, pero muy pero tan importante. Así que decidió prestarle atención.

Es bueno aclarar que, según asegura la leyenda, la madrina del diablo era una bruja tan vieja que había nacido antes que las lechuzas. Y antes también que la lluvia.

Y fue ella, esta gran bruja madrina del diablo, quien le explicó a su ahijado que existía un modo de lograr que una mujer, por pelirroja y bonita que fuese, se casara con él para toda la eternidad.

—Te enseñaré el truco de los tres sí. Pero debo advertirte que solamente podrás intentarlo tres veces. Es decir —repitió la madrina—, únicamente puedes probar tres veces el truco de los tres sí.

Nadie va a asombrarse por esta acumulación de tres... Cualquiera que conozca de cuentos sabe que cuando de sortilegios, encantamientos y pócimas se trata, todo sucede tres veces.

A partir de ese momento, la anciana madrina comenzó una lenta y cuidadosa explicación. Lo hizo, en gran parte, porque sabía que su ahijado tenía muy poco talento. Pero también porque disfrutaba recordando una buena receta.

El secreto para tener boda con una mujer, por pelirroja y bonita que fuese, era lograr que ella le respondiera tres veces seguidas con una sola y sencilla palabra: Sí.

—¿Sí? —preguntó el diablo.

—Sí —respondió la madrina.

—¿Solamente sí? —volvió a preguntar el diablo.

—Sí, solamente sí.

Como la madrina seguía desconfiando del talento de su ahijado, repitió todo nuevamente.

Y, para ser sinceros, reconozcamos que esa desconfianza tenía sentido. Porque muy poco talento ha de tener quien, pudiendo ser luz y risa, eligió ser una pesadilla.

Regresando al asunto, la madrina repasó con detalles la receta del encantamiento.

El diablo debía hacer tres preguntas a Rubilda, una detrás de otra. La muchacha debía responder las tres veces con una sola y sencilla palabra: Sí.

—Solamente sí —repitió el diablo.

La madrina también le recordó que podía intentarlo tres veces. Si fallaba en los tres intentos, era mejor que olvidase para siempre a su pelirrojo.

—Pero... —la anciana se frotó las manos—, ¡consigue que esa mujer responda como te lo he indicado, y serás un feliz esposo!

—Sí, sí y sí —volvió a decir el diablo. Y se llenó de aire para silbar un largo rato, como hacía siempre que se sentía optimista.

Al amanecer siguiente, el enamorado estaba listo para partir hacia el Mercado de las Rosas.

Claro que no eligió esa hora por casualidad...

Sucede que el amanecer es la única puerta por la que el diablo tiene acceso a nuestro mundo. Por la grieta que rompe el cielo en la primera mañana, el diablo puede colarse como quien traspasa una verja. Primero pasa una pierna, después el torso, que cabe apenas entre el día que llega y la noche que se va. Por último, pasa la otra pierna, ¡y ya está con nosotros! Peor, ya camina en dirección al puesto de manzanas que atiende Rubilda.

Esa madrugada en el Mercado de las Rosas, nadie sospechó que el diablo andaba cerca, porque el grandioso dueño del fuego había tomado la apariencia de hombre elegante. Sin embargo, todos se apartaban un poco de su camino. Y, al pasar de largo, sentían un escalofrío.

Rubilda, a diferencia de la gente, se le acercó con su mejor sonrisa. El diablo carraspeó nervioso. Sabía que, desde algún lugar de la eternidad, su madrina lo estaba observando.

Entonces, justo en ese momento, lo asaltó una terrible duda. ¿Debía saludar a la vendedora de manzanas, o debía ir directo a las preguntas? Si Rubilda decía “Buenos días”, ¿se arruinaría el truco?

Era una lástima que su madrina no estuviese allí para sacarlo del problema. El diablo, preocupado por las reglas de cortesía, no tuvo mejor idea que pensar en voz alta:

—¿Será apropiado saludar a esta mujer?

—¡Claro que es apropiado, señor! Tenga usted el mejor de los días, con salud y prosperidad.

Para desgracia del encantamiento, Rubilda acababa de responder a la primera pregunta de su enamorado. ¡Su respuesta tenía dieciséis palabras y ningún sí!

Arrinconada en la leyenda, la madrina del diablo ahondó el cráter del volcán más cercano con un violento golpe de puño. Su ahijado acababa de desperdiciar la primera oportunidad.

La madrina estuvo furiosa la mañana entera; pero luego se tranquilizó. Después de todo, quedaban dos oportunidades.

Al siguiente día, el diablo cruzó por segunda vez la verja del amanecer. Y caminó entre los pregones hacia el puesto de Rubilda. La hermosa muchacha se encontraba de espaldas, lustrando las manzanas para que se vieran apetitosas. A causa de eso, el diablo tuvo tiempo de mirarla con detenimiento y suspirar un viento cálido que sacudió todas las lonas del mercado.

El enamorado ya había tomado una decisión. Era preferible pasar por maleducado a tener que soportar una nueva derrota. ¡No iba a saludarla! Con las ideas firmes, se sacudió unas pelusas de

fuego que tenía en el traje, y avanzó con paso fuerte.

—¿Son dulces las manzanas?

Lo preguntó con tanta brusquedad que Rubilda giró asustada, y apenas pudo balbucear una tímida respuesta:

—Sí.

El diablo no le dio tiempo a continuar.

—¿Y son jugosas? —Le clavaba los ojos para dejarla sin palabras.

—Sí —murmuró Rubilda.

—¿Me vende usted un kilo?

Silencio en la Tierra y en el cielo. Se callaron los pájaros y los grillos, los vientos se detuvieron para escuchar la respuesta. Rubilda separó los labios, Rubilda iba a hablar. Los bosques palidecieron, y la bruja madrina hizo crujir su dedos... Rubilda estaba a punto de responder.

El diablo suplicó en sus pensamientos: “Dime sí, Rubilda. ¡Nada más que sí!”.

—¿Solamente un kilo, señor? —dijo Rubilda, intentando mejorar la venta—. Yo en su lugar me llevaría dos. Estas manzanas son las mejores del mercado.

La madrina dio tal tremendo arañazo que abrió cinco nuevos ríos, uno por cada uña. La segunda oportunidad acababa de perderse a causa de la necedad de ese ahijado suyo. Ahora quedaba una sola posibilidad, la última y definitiva.

El tercer amanecer fue de domingo. El Mercado de las Rosas estaba más concurrido y ruidoso que de costumbre. Rubilda voceaba su mercancía con especial simpatía.

—¡Manzanitas crujientes, compre vecina!

¡Del manzanar del rey, venga y elija!

Sin embargo, cuando vio a aquel hombre acercándose por tercera vez, Rubilda se puso un poco nerviosa. Perdió el buen tono de su voz. Y por hacer algo que la tranquilizara, se llevó una manzana a la boca y le dio un mordisco.

La bella masticaba con la boca llena y las mejillas avergonzadas en el momento en que el diablo se acercó, y le arrojó la primera pregunta.

El diablo no quería darle ni un segundo.

—¿Su nombre es Rubilda?

Entre la sorpresa y el bocado de manzana, que todavía no había tragado, Rubilda contestó como pudo:

—Sí.

El diablo no quería darle *niunsegundo*...

—¿Es usted la dueña de este puesto?

—Sí.

El diablo no quería *darleniunsegundo*:

—¿Me permite hacerle una pregunta acerca de un asunto comercial?

Eldiablonoqueríadarleniunsegundo.

—Sí...

“¡Detente allí, bella Rubilda, no digas más!”, el diablo pensaba con tono de enamorado. “¡Si tu boca callara ahora, mi corazón cantaría para siempre!”.

Pero Rubilda no escuchó ninguno de aquellos apasionados pensamientos, y terminó su frase como le dio la gana.

—Sí..., claro que se lo permito. Pero si acaso se trata del puesto, señor mío, quíteselo usted de la cabeza. ¡No está en venta!

La tercera oportunidad estaba perdida. ¡Adiós esperanzas de casamiento!

La madrina estaba demasiado abatida como para ocasionar destrozos. El diablo, por su parte, dio la vuelta y comenzó a caminar con la cabeza gacha de regreso a su infierno.

—¿Ya se va usted? —se lamentó Rubilda, a quien la conversación le estaba resultando interesante.

—Sí. —El diablo, triste a más no poder, se encogió de hombros.

—¿Perdió, usted, interés en la compra del puesto?

El diablo sacudió la cabeza.

—Sí —respondió con desgano. Y, a varios pasos de Rubilda, hizo un ademán de despedida.

—Disculpe —Rubilda casi tuvo que gritar para hacerse oír—. ¿Viene usted desde muy lejos?

El diablo ya empezaba a enojarse. Era mejor que aquella mujer lo dejara irse en paz a llorar todas sus lágrimas. Giró para decirle que no estaba dispuesto a continuar con aquella charla descolorida. Pero cuando miró la carita de Rubilda, se le derritió el alma de hierro.

—Sí —respondió con voz de mermelada de cerezas.

En ese momento, Rubilda lanzó una sonora carcajada. Una inconfundible carcajada de bruja que acababa de atrapar a un elegante hombre para que fuera su esposo por toda la eternidad.

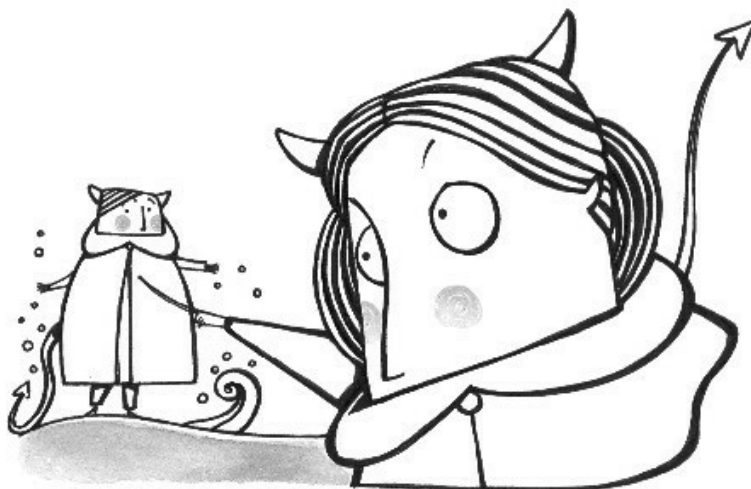
Rubilda había utilizado con éxito el truco de los tres sí. ¡Y en el primer intento!

La madrina del diablo abandonó su decaimiento, y se pasó al absoluto asombro. ¿De dónde había salido aquella joven bruja? Ella nunca la había visto. Ni siquiera había escuchado hablar de una hechicera pelirroja.

—En realidad, es muy buena para ser aprendiz —aceptó con una sonrisa.

Al día siguiente, R y D cruzaron juntos la verja del amanecer.

Y jamás volvimos a tener noticias sobre ellos, porque las leyendas se detienen un paso antes del horizonte.



BLANCO

Ellos vivían en una casa de hielo que los protegía del frío. Una casa construida sobre un desierto de agua. Una casa redonda y chiquita que algunas enciclopedias llaman iglú pero que ellos llamaban con nombres de amor, porque allí pasaban las larguísimas noches del Polo Norte a salvo de los colmillos de los lobos y de las tumbas de nieve. Una casa en la cima del mundo donde fueron felices.

Eran una familia de esquimales con un padre que salía a buscar alimento, una madre que mantenía encendida la lámpara de grasa, dos pequeños hijos varones, y un abuelo que apenas se veía detrás de su ropa de piel. Poseían una manada de perros que arrastraban el trineo por las inmensas extensiones de hielo, algunas herramientas hechas con hueso, y cuerdas trenzadas con tendones de animales. Pero también poseían una incalculable cantidad de cuentos guardados en sus memorias.

Cualquiera que habite un lugar donde las noches duran seis meses, y no quiera morir de melancolía, debe tener un tesoro de cuentos. En aquella familia de esquimales, los cuentos eran cosa del abuelo. Y cada vez que se disponía a contarlos, hasta la manada de perros se arrimaba a las paredes heladas para escuchar la voz neblinosa del anciano.

A veces, la hora de los cuentos se preparaba con anticipación. Pero, otras veces, los cuentos aparecían sin dar aviso. Y como era de noche, hacía mucho frío, soplaban un furioso viento lleno de escarcha y había poco por hacer, los cuentos siempre eran bienvenidos.

—Ahora he visto la luna —dijo uno de los pequeños, que había salido con su padre a dar cuidado a los perros—. La he visto..., y es solamente un pedazo de luna.

—Es la luna del oso —dijo el abuelo.

Las palabras del anciano abrieron de par en par la sonrisa de los niños. Un nuevo cuento había entrado a la casita redonda de hielo.

—Luna del oso, luna entera, luna del lobo y luna muerta; así es como se suceden las lunas en el cielo —volvió a decir el anciano.

Toda la familia se sentó a su alrededor. El abuelo esquimal contó su cuento.

Este suceso transcurrió cuando ni los abuelos de mis abuelos habían nacido. Por ese viejo entonces, nuestro país de hielo tenía una sola luna. Su hermosa luna entera que, para bien de todos, iluminaba las noches. Una luna que parecía recortada con punzón de hueso, redonda y brillante en medio de la oscuridad... ¡Pero un día algo terrible ocurrió!

En ese tiempo, la tundra estaba dominada por dos poderosos animales. Cada uno mandaba y disponía sobre una mitad del territorio.

Un enorme oso polar, más grande que ningún otro que se haya conocido, era dueño y señor de una mitad de nuestro país de nieve.

La otra mitad estaba bajo el poder de un legendario lobo, tan viejo que su pelaje había encanecido por completo. Las noticias sobre su ferocidad llegaban a todos los rincones. Por eso este lobo tenía dos modos de matar: con la crueldad de su dentadura, y con el espanto que ocasionaba la leyenda de su hambre.

Y bien, como el oso tenía su tamaño y sus garras, y el lobo tenía sus colmillos y su fama, las cosas se mantenían en paz. Al fin y al cabo, las presas de caza estaban bien repartidas y las

hazañas de los dos animales eran igualmente importantes.

Ninguno de ellos sentía aprecio por su vecino, pero ambos respetaban la división establecida: una mitad del oso, una mitad del lobo.

Ustedes podrían estar preguntándose cómo se reconocía el límite de aquellos poderíos. ¡Muy fácilmente! El límite estaba marcado por un río que descendía desde lo alto de un macizo. Durante los inviernos era un río de hielo. Durante los veranos era un río de agua clara.

Y fue justo al inicio de un verano que la gran cosa ocurrió.

Como el verano apenas empezaba, nuestra luna redonda todavía ocupaba su lugar en el cielo. El deshielo había comenzado; así que por el cauce que partía en dos el territorio ya corría un riachuelo. La luna redonda se reflejaba en las aguas del río, y estaba feliz de verse tan bella.

El oso, llevado por las ganas de beber agua fresca después de tantos meses de sólo lamer el hielo, llegó hasta una orilla del río. Exactamente por la misma causa, el lobo llegó hasta la orilla opuesta.

Al principio, todo parecía que iba a continuar como siempre. Cada uno de ellos bebería, y luego daría la vuelta para regresar a sus dominios. Pero la luna estaba allí. Y donde está la luna puede suceder cualquier cosa.

Casi al mismo tiempo, los dos animales pensaron lo mismo y desearon lo mismo.

El oso y el lobo miraron la luna en el agua, y quisieron adueñarse de ella. No había nada tan hermoso en aquel país vacío. Y comprendieron que aquel que la poseyera sería más poderoso y más dichoso que su vecino.

Los animales se miraron en silencio. El oso irguió su cuerpo enorme, y comenzó a soltar espuma por la boca. El lobo se paró con las patas abiertas y arqueó el lomo. Su hocico chorreaba colmillos.

El gran oso avanzó un paso, sin dejar de mirar a su enemigo en ningún momento. Su respiración dibujaba espirales de humo a causa del frío. El lobo también se adelantó un paso, enseñando toda la dentadura.

La luna entendió lo que estaba ocurriendo, y se puso a tiritar de miedo.

Lentamente, los dos animales entraron al agua con los ojos fijos uno en el otro.

La luna del río miraba a la luna del cielo rogándole que la sacara de allí. Si la luna del cielo se movía, también se movería la luna del río; y así podría salvarse. Pero eso no fue posible porque las lunas no pueden moverse según su antojo, sino que siguen la guía de un invisible cordel de seda.

De un lado estaba el oso. Del otro lado, el lobo. La luna temblaba en el medio. Y la luz de la nieve iluminaba aquel desdichado encuentro.



Donde todo es hielo, las peleas terminan en muerte. Así que, como fuera, alguien iba a morir al

final de aquella triste noche. Los dos pelajes se erizaron. Rugió el oso, aulló el lobo, lloró la luna...

El oso polar y el lobo daban rápidas miradas a su presa, y enseguida volvían a vigilarse. Los movimientos de ambos eran muy lentos y cuidadosos.

De esta manera pasaron largos minutos. Hasta que de pronto, como si se hubiesen puesto de acuerdo, y con el único propósito de arrebatar el tesoro que deseaban, los dos feroces dueños del hielo se abalanzaron hacia el centro del río. La luna dio un grito de terror.

El oso clavó sus garras en la luna, justo cuando el lobo clavaba sus colmillos. Los dos animales tironearon con fiereza porque ninguno quería soltar la luna que había cazado. Entonces, se sintió un ruido de cristales rotos. El ruido venía de los frágiles huesecitos de la luna que acababan de quebrarse. Después de los huesos, se desgarró su carne luminosa. Y cada uno de los animales corrió de regreso a su orilla llevándose consigo un pedazo de luna.

El lobo se llevó una porción un poco más delgada y con forma de uña. Lo demás quedó en las garras del oso.

En el agua ondulaba la sangre de la luna como hebras de leche que se llevó el río.

Desde ese día, tenemos cuatro lunas. La luna entera, que es de todas la más antigua. La luna del lobo, la luna del oso. Y, entre una y otra, la luna muerta, que siempre nos recuerda aquello que ocurrió.

El abuelo esquimal terminó su cuento. Durante un largo rato, todos en la casa de hielo permanecieron en silencio, tratando de imaginar la noche en que la luna se partió en dos.

Los niños pidieron permiso para salir a mirar el cielo. La madre protestó diciendo que hacía demasiado frío, y que no era el momento. El padre le dio la razón a su mujer con un asentimiento mudo. Pero los niños insistieron, y volvieron a insistir. Finalmente, el abuelo se entrometió:

—Ustedes deberían dejar que los niños salgan a mirar la luna.

La mujer, que había comenzado a limpiar unas pieles, respondió que ya la habían visto muchas veces.

—Posiblemente —dijo el abuelo—. Sin embargo, algo cambiará hoy.

Los niños salieron de la casita redonda. Y cuando alzaron la cabeza para ver la luna, luna del oso, sintieron la misma alegría que cuando, cada varios meses, se acercaba el trineo de algún familiar que venía de visita.

—Los cuentos nos ayudan a amar las cosas —murmuró el abuelo.

AMARILLO

Ye-low fue emperador de un vasto territorio ubicado al Este del mundo conocido. El suyo era un imperio dorado donde las porcelanas lucían tan suaves y pálidas como las mujeres, las mujeres caminaban gráciles bajo el sol, y el sol picaba como un grano de mostaza.

Este emperador, este Ye-low del que les hablo, tenía por costumbre dormir la siesta.

Las siestas, no importa en qué lugar sucedan, huelen a papeles envejecidos y zumban como abejas. Y bien..., Ye-low las olía, las escuchaba, y se dormía de pronto en cualquier sitio donde estuviese. La mayoría de las veces, el sueño lo atrapaba durante su almuerzo; de modo que el plato de arroz con azafrán quedaba a medio terminar.

Apenas el emperador empezaba a cabecear, su esposa le aconsejaba que utilizara para su siesta la cama recubierta con escamas de oro. Su consejero le sugería la cama torneada en bronce y su médico le recetaba la cama tapizada con piel de leopardo. Pero Ye-low no escuchaba a nadie porque, fuese donde fuese, ya estaba durmiendo y roncando.

Cuando los sirvientes del palacio oían los ronquidos, se apresuraban a cubrir con lienzos las ciento cincuenta y cinco jaulas donde penaban y trinaban quinientos cincuenta y tres canarios. Las cubrían para que todo fuese silencio durante la siesta del emperador.

Pero un día, las siestas del emperador dejaron de ser dulces y plácidas, y se pusieron agrias y difíciles. Como si dijésemos que las siestas de Ye-low pasaron de ser miel a ser limón.

Todo comenzó durante una calurosa siesta de verano, cuando el durmiente emperador tuvo una horrible pesadilla. Horrible para un emperador de tan vasto imperio que debía creerse, por necesidad, el más grande, venerable y amado de todo este mundo.



Su pesadilla comenzó con la aparición de un punto de luz que fue creciendo, creciendo y creciendo hasta doblarlo en estatura. Después, la luz le habló con voz gigantesca:

—Oye bien, emperador Ye-low. Hay en este mundo alguien más venerable, más grandioso y más amado que tú. Y en día muy cercano, todos mirarán su rostro mientras tú te arrastrarás derrotado bajo el peso de su esplendor.

La primera vez, Ye-low no quiso darle demasiada importancia a su pesadilla, y la alejó de su pensamiento con el mismo ademán de espantar insectos. Sin embargo, la pesadilla regresó con mayor frecuencia. Finalmente, todas las siestas del emperador se estropearon con la presencia de aquella luz gigantesca que traía malas noticias:

—Oye bien, emperador Ye-low. Hay en este mundo alguien más venerable, más grandioso y más amado que tú. Y en día muy cercano, todos mirarán su rostro mientras tú te arrastrarás derrotado bajo el peso de su esplendor.

Casi desesperado, el emperador le preguntó a su esposa qué podía hacer para terminar con aquel desagradable sueño. Ella estuvo un buen rato revisando su Gran Libro de Remedios Caseros.

—Tienes que beber una yema de huevo batida con vino blanco —le dijo su esposa—. Aquí dice claramente que bebiendo una yema batida con vino blanco se evitan las pesadillas.

El emperador hizo lo que su esposa le aconsejaba. Pero, para su desdicha, la pesadilla no desapareció. Por el contrario, la luz parecía crecer con tan buen alimento.

Desesperado, el emperador consultó con su médico.

—Te lo diré claramente... —El médico acababa de hojear a escondidas el Gran Libro de Remedios Caseros—. Quien desee espantar pesadillas deberá frotar su frente, sus codos y sus pies con polvo de azufre.

El emperador cumplió puntualmente con las recomendaciones del médico del palacio. Pero tampoco tuvo suerte... ¡El azufre solamente consiguió que la luz hablara con voz mineral!

Entonces, verdaderamente desesperado, el emperador le preguntó a su consejero.

El consejero movió la cabeza en señal de desaprobación, quería dejar claro que el Gran Libro de Remedios Caseros le parecía pura charlatanería. Luego carraspeó, y recitó su sabio consejo: para no sufrir pesadillas durante las siestas bastaba con no dormir la siesta.

—El que no duerme no sueña, ¡oh, venerable!, ¡oh, emperador! —dijo el consejero—. Si tú no duermes la siesta, ¡oh, emperador!, ¡oh, venerable!, tus pesadillas terminarán.

Hay que decir y creer que Ye-low hizo lo imposible para seguir aquel consejo que, al fin y al cabo, parecía el más sensato de todos los que había recibido. A veces, sin embargo, ni lo imposible es suficiente. Cuando la siesta llegaba al reino de Ye-low con su olor a papeles envejecidos y su zumbido de abejas, el emperador se dormía por mucho que se esforzara en evitarlo. Se dormía aunque, por su expreso mandato, las jaulas no fuesen cubiertas y los quinientos cincuenta y tres canarios estuviesen trinando.

Y en cuanto Ye-low se dormía, un punto de luz aparecía justo en el centro de la oscuridad del sueño. La luz crecía con asombrosa rapidez hasta ocupar todo el espacio de la pesadilla, y entonces hablaba:

—Oye bien, emperador Ye-low. Hay en este mundo alguien más venerable, más grandioso y más amado que tú...

Las palabras se repetían idénticas.

—Y en día muy cercano, todos mirarán su rostro...

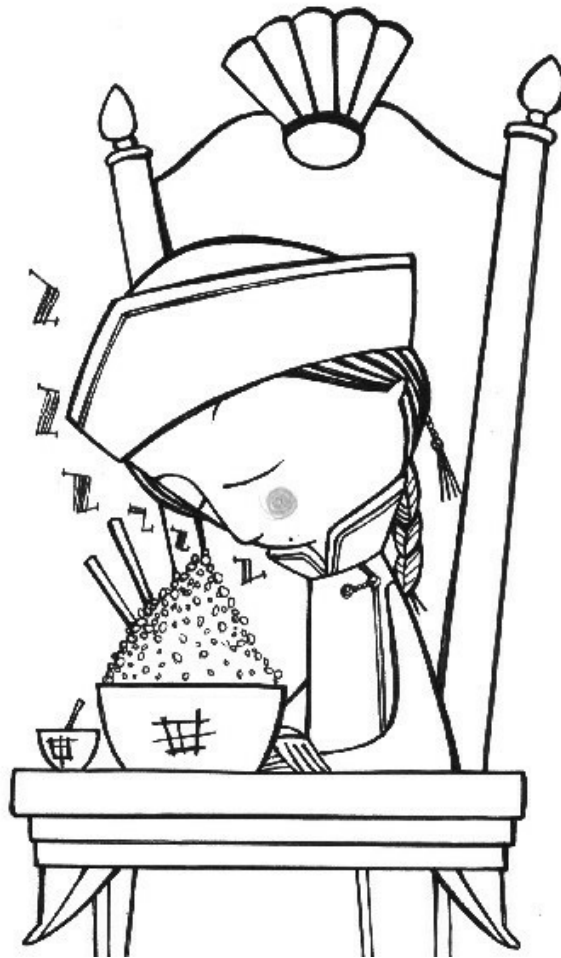
Siesta tras siesta, las cosas se complicaban. Cada nuevo despertar, dejaba al emperador sumido en un triste ánimo. Luego se pasaba el resto del día y el resto de la noche deambulando por los pasillos

del palacio, murmurando cosas que nadie entendía, y preguntándose quién sería aquel que iba a derrotarlo.

Porque el emperador estaba convencido de que la luz de su pesadilla no hablaba en vano. Lo que esa mala luz le estaba advirtiéndole era algo que en verdad sucedería. Y según sus propias palabras, en día muy cercano.

¿Quién podría ser el que lo obligaría a arrastrarse? Ye-low se tiraba de la cabellera, abría de par en par los ventanales y con los brazos abiertos gritaba a toda garganta:

—¡Seas quien seas, no permitiré que me derrotes! —El grito del emperador atravesaba las inmesas plantaciones de cereales y frutos que rodeaban el palacio, salía a la ciudad, se metía en los templos, sacudía las chozas de paja de los campesinos, y desprendía las peras maduras de sus ramas.



Las personas del reino lo oían y se lamentaban:

—¡Ay! —decían—. Nuestro pobre emperador ha enfermado. Ya no hace otra cosa que hablar de un poderoso enemigo que sólo existe en sus siestas.

Ye-low enflaquecía ante los ojos de todos. Y sin cesar, repetía las palabras de la luz.

—Alguien más venerable, más grandioso y más amado...

La ira lograba que, a pesar de su fatiga, el emperador se mantuviera en pie:

—Pero, ¡quién es! —gritaba—. ¿Quién es él? ¿Quién es...?

Muchas veces, después de esos arranques de furia, Ye-low caía al suelo agotado. Permanecía así durante largas horas, sin que nadie se atreviera a acercarse.

Y así estaba el horrible día en que, de repente, alzó su rostro desfigurado por los insomnios. Tenía el color de la envidia.

—¡Muy bien! —El emperador acababa de tomar una espantosa decisión—. ¡No amanecerá el día de mi enemigo! ¡Mando la muerte para todos los que pretenden ser grandes en mi reino!

Hasta aquel día fatal, Ye-low había compartido su vasto imperio con señores de señoríos y príncipes de principados opulentos. Ellos aceptaban a Ye-low como único emperador de todo el Este. Y, en retribución a su lealtad, Ye-low respetaba sus territorios. Se aliaba con ellos en caso de necesidad y compartía los frutos en tiempos de sequía. Pero una pesadilla estaba a punto de terminar con tan buena vecindad.

El emperador estuvo la noche entera repasando el poder y las riquezas de cada uno de los príncipes y los señores de su reino. Perdido en el territorio de la locura, todos ellos le parecían enemigos. Cualquiera podía ser, en su afiebrada cabeza, el que intentara cumplir el presagio de la pesadilla.

—Alguien más venerable, más grandioso y más amado que tú...

Ye-low tomó una pluma, un trozo de pergamino, y escribió una larga lista de nombres.

—Alguno de estos ha de ser el que pretende derrotarme —decía Ye-low, pasando los ojos por su lista de condenados a muerte.

A la mañana siguiente, sus emisarios partieron en las cuatro direcciones a cumplir la peor orden que Ye-low hubiera dado hasta entonces.

Y Ye-low se quedó esperando. Miraba hacia el norte y luego al sur, ansioso por verlos regresar.

A mitad del otoño, los hombres que habían partido llevando dardos de oro envenenados comenzaron a llegar. Uno tras otro, y al galope, atravesaban los jardines cubiertos de hojas secas. Desmontaban y hacían la reverencia obligada.

—Emperador Ye-low, lo que ordenaste se ha cumplido.

Eso significaba que otro dardo había sido disparado con buena puntería. Eso significaba que Ye-low tenía un enemigo menos a quien temer.

Sin embargo, a pesar de tantos dardos y de tanto otoño, la pesadilla continuó apareciendo en las siestas del emperador y repitió la misma amenaza:

—Oye bien, emperador Ye-low. Hay en este mundo alguien más venerable, más grandioso y más amado que tú. Y en día cercano, todos mirarán su rostro mientras tú te arrastrarás derrotado bajo el peso de su esplendor.

Ye-low abrió de par en par uno de los ventanales más altos del palacio, y gritó con la voz enronquecida de dolor:

—¡Seas quien seas, jamás me arrastraré ante ti!

El emperador alzó el puño en señal de amenaza. Pero, ante su rabia, los trigales continuaron meciéndose al viento como si nada escuchasen. Fatigado, Ye-low dejó caer su brazo y su voz:

—Pero, ¿quién eres? Sólo debo saber quién eres...

Para ese entonces, todos en su reino le temían. Ni su dulce esposa, ni su médico, ni siquiera su consejero conseguían devolverle la calma.

Ye-low ya no comía. Iba de un lado al otro murmurando desgracias y odios. Y apenas si se acordaba de respirar.

El otoño llegaba a su fin... Todos los emisarios habían regresado, todos los dardos de oro habían sido disparados con precisión. Ye-low ya no tenía vecinos poderosos... Pero, ¡ay, desdichas de todas las desdichas!, la pesadilla continuaba recitando su terrible presagio.

Pocas siestas después, Ye-low despertó con la cabeza repleta de alaridos que le golpeaban dentro y hacían que todo se nublara ante sus ojos. Sudoroso y apretando los dientes, ordenó que lo vistieran con su mejor armadura y que le dieran las armas sagradas de sus antepasados.

—¡Tendré que ir a buscarlo yo mismo! —gritó frente a sus sirvientes y sus soldados.

El emperador salió del palacio. Miró hacia todos lados y avanzó lentamente. Giró de improviso, como para sorprender a quien estuviera a sus espaldas. Pero allí sólo había soledad. Así caminó sin rumbo, tajeando el aire con su espada. Quienes lo vieron pasar supieron que el venerable Ye-low había enloquecido para siempre.

Ye-low caminó y caminó. Atravesó los trigales dando gritos amenazadores.

—¡Ponte frente a mí! —vociferaba para los campos—. Si en verdad crees que puedes derrotarme, ¡preséntate y dame pelea!

Al cabo de varias horas, el calor comenzó a agobiarlo. Dentro de su armadura metálica, el debilitado emperador perdía las escasas fuerzas que le quedaban. Aun así, continuó andando a grandes pasos, blandiendo la espada y provocando a su enemigo.

Ya había segado todo el trigo a filo de espada, porque imaginaba que entre las mieses podía estar oculto el que venía a derrotarlo. Como no encontró lo que buscaba, se dirigió al campo de mijo. De nuevo destrozó las plantas nuevas, y de nuevo no consiguió nada.

Su enflaquecido cuerpo no podía continuar. La cabeza le latía de calor dentro del casco. Ya casi no podía ver, y su rodillas se doblaban bajo el traje de metal.

Con la fuerza que le daba la locura, Ye-low llegó hasta el campo de girasoles.

Dio unos pocos pasos vacilantes y cayó al suelo. Sin embargo, con gran esfuerzo consiguió ponerse nuevamente de pie. Ante sus ojos fatigados, los girasoles se hacían enormes y diminutos, se iban, ondulaban, desaparecían...

Todavía Ye-low intentó continuar hasta que, al fin, cayó de rodillas. Como pudo, se quitó el casco para respirar. Las lágrimas le quemaban desde los ojos hasta el cuello. El emperador quiso levantarse; pero sus brazos, delgados como hebras de heno, no pudieron ayudarlo.

Ye-low arrastraba su soledad y su locura bajo el esplendoroso sol del Este. A su alrededor, los girasoles, indiferentes a su agonía, miraban al mismo punto del cielo.

“Y en día cercano todos mirarán su rostro..., mientras tú te arrastrarás bajo el peso de su esplendor”, resonaba la pesadilla en su cabeza.

El sol, resplandeciente en el cielo. Los girasoles, mirándolo. Ye-low, llorando su locura contra la tierra.

En el lugar donde habitan los sueños, una pesadilla sonreía.

VERDE

—Esposo, ¿oyes ese ruido?

El campesino bajó unas carnosas hojas de alcaucil que estaba a punto de llevarse a la boca.

—La verdad, mujer, no escucho otra cosa que el ruido de las lechugas creciendo —respondió el hombre. Y ensartó su tenedor en la ensalada que adornaba el centro de la mesa.

—Tú solamente oyes y entiendes de lechugas.

—Tú solamente oyes y entiendes de preocupaciones.

—¿Qué puedo hacer si nací con este oído entrenado en escuchar desgracias?

—¡Pavadas...! —protestó el marido—. Yo le llamo desgracia a perderse estas buenas hojas mojadas en aceite de oliva.

Pero la verdad es la verdad. Y era muy cierto que una desgracia se avecinaba.

—No puedo saber de qué se trata —dijo la mujer acercándose a la ventana que daba a los surcos de hortalizas—. Pero llega..., viene..., se acerca.

—¡Por los rulos de las escarolas, esposa! Deja ya de hablar como adivina, y córtame otro trozo de pastel de acelga.

Aquel hombre bonachón, siempre en mangas de camisa y jamás resfriado, no le daba ninguna importancia a las preocupaciones de su esposa. Él repetía que cada día era cada día. Y eso de andar preocupándose por el futuro le parecía una pérdida de tiempo.

Sin embargo, lo que el prodigioso oído de su esposa estaba oyendo era una desgracia tan cercana que ya no merecía llamarse futuro. Más bien merecía llamarse muy pronto, mañana mismo; merecía llamarse ¡Dios nos ayude!

La desgracia que se avecinaba era nada más y nada menos que una plaga de langostas. Cientos y cientos de insectos hambrientos que se arremolinaban, y se preparaban para salir en vuelo devorador. Por donde aquella multitud pasara, no quedaría nada.

Cuando las langostas que se estaban reuniendo fueran suficientes para formar una nube, se lanzarían sobre los huertos de los hombres. Entonces, el trabajo de un año entero quedaría destruido en un abrir y cerrar de ojos.

Siempre que se habla de plaga de langostas se usa la palabra nube. Eso ocurre porque no hay mejor manera de explicarlo. Realmente, una plaga es una nube, es una enorme tormenta, es un cielo entero que pasa y se lleva los brotes. Y con los brotes, se lleva las esperanzas de los buenos campesinos.

—¿Oyes, esposo? —volvió a decir la mujer.

—Claro que oigo.

—¡Entonces tú también estás oyendo! —exclamó la pobre mujer, feliz de no ser la única.

—Oigo el crecer de las lechugas. Y ninguna, pero ninguna, pero ninguna otra cosa. —El hombre se quitó la servilleta que tenía atada al cuello. Con eso quería decir que ya no deseaba comer alcauciles, ni tampoco conversar sobre tonterías.

Un poco más tarde, el matrimonio campesino se sentó en el porche de la casa para disfrutar de la tranquila noche sobre el huerto. Era verano, las hortalizas estaban en todo su esplendor. A nadie en

este mundo debería hacerle falta mucho más que eso para ser dichoso. Nuestro campesino, al menos, no lo necesitaba. Estaba orgulloso de su huerto, magnífico entre huertos magníficos. Sus surcos parecían trazados por un arquitecto, sus parcelas de hortalizas estaban prolijamente distribuidas. Y todo alrededor crecían frondosos olivos.

—Hablando de olivos... —dijo el campesino— me comería con gusto algunas aceitunas.

Aunque el hombre acababa de cenar, las aceitunas lo tentaban por dos motivos. En primer lugar, tenían un sabor excelente. Su esposa las aderezaba con laurel y albahaca. La mujer era dada a la fantasía, pero cocinar... ¡cocinaba como las hadas del bosque!



En segundo lugar, el campesino encontraba una gran diversión escupiendo los carozos muy lejos, lo más lejos posible. Escupir muy lejos carozos de aceitunas, habilidad que le venía de familia, era

su segundo orgullo después del huerto.

—Te las traeré —dijo la mujer, levantándose pesadamente de su silla—, pero recuerda que luego no podrás dormir bien a causa de tanto que cargas tu estómago.

La mujer regresó con un tazón lleno de aceitunas. Pero antes de entregárselo a su esposo se detuvo con expresión de miedo en su rostro.

—Otra vez el sonido —balbuceó.

—¡Otra vez tú! —gruñó el campesino, que no tenía ganas de darle importancia a las imaginaciones de su mujer—. ¡Trae aquí ese tazón, y siéntate a mi lado! Cantaremos juntos la canción del repollo gigante. ¿La recuerdas...?

El campesino comenzó a tararear con voz de hombre satisfecho:

—*Había una vez un repollo. ¡Sí!*

Crecido en el huerto del ogro. ¡Sí!

Pero su esposa no tenía ánimo para canciones.

—¿Cómo crees que me sentaré a cantar cuando hay una desgracia sobre nuestras cabezas?

El campesino miró hacia arriba, y sólo vio un cielo amable y lustroso.

—Entonces, ven y jugaremos a quién de los dos escupe más lejos los carozos.

—¡Una señora decente no puede escupir carozos de aceitunas! —se indignó su esposa.

—No veo nada malo en eso —respondió el campesino con toda calma—. Mi prima Esmeralda también lo hace. ¡Y debo reconocer que algunas veces me ha vencido!

Semejante respuesta fue demasiado para una mujer que estaba oyendo llegar una tragedia. Se puso las manos en las caderas. Y, mientras golpeaba el suelo con el pie, dijo todo lo que tenía que decir:

—¡Tú, tu prima Esmeralda y tus carozos de aceitunas me importan menos que una rodaja de pepino! Escúchame bien, una desgracia nos caerá encima antes del amanecer. No sé decirte qué cosa será, pero créeme que no me equivoco. ¡Canta la canción del repollo gigante, si eso es lo que quieres! ¡Escupe carozos, si eso te hace feliz! Pero luego no te quejes, hombre insensato.

La mujer se desató el delantal de cocina que aún llevaba puesto, y lo tiró sobre la cabeza de su marido. Luego entró a la casa dando un portazo.

El campesino ni se molestó en quitarse de encima el delantal, que le había quedado puesto como un manto de novia. De inmediato volvió a cantar, y estuvo haciéndolo durante un largo rato.

De pronto, descubrió una aceituna particularmente grande. Y pensó que debería tener un excelente carozo para escupir. Dejó de cantar, y se llevó la aceituna a la boca. La pulpa jugosa y de buen sabor no le importaba tanto en ese momento. Al campesino le interesaba limpiar bien el carozo, y dejarlo listo para su travesía aérea. Como experto que era, sabía de sobra que cualquier resto de pulpa adherida al carozo le dificultaría el vuelo.

Cuando el carozo estuvo listo, lo colocó en la posición correcta para el disparo. El campesino concentró toda su energía en el soplado que estaba a punto de emitir. Repasó mentalmente cada detalle para asegurarse de que todo estuviese en condiciones: la postura de su torso, recto y ligeramente inclinado hacia adelante, el cuello bien erguido, los labios en forma de silbido. “Este carozo deberá llegar más lejos que cualquier otro que yo haya escupido”, pensó. Y enseguida se rectificó: “Deberá llegar más lejos que cualquier otro que se haya escupido a lo largo del tiempo”. Entonces, inició mentalmente la cuenta de lanzamiento:

—Tres, dos, uno...

¡Y salió el carozo de aceituna con la fuerza de un proyectil! El campesino lo vio un instante en el

aire. El carozo se fue lejos por el aire lejos.

“¿Adónde habrá ido a parar?”, se preguntó el campesino.

Pues, fue a dar justo en la cabeza de una ranita que paseaba por el estanque sentada sobre una gran hoja de árbol. El carozo llegó con tanta fuerza y desde tan lejos que la pequeña rana no pudo soportar el golpe, y murió de inmediato.

Entonces, los sauces que rodeaban el estanque, y que habían visto nacer a la ranita, comenzaron a llorar desconsoladamente.

—¡Ay de nuestra amiga rana! ¿Qué extraño suceso fue el que acabó con su vida? —se preguntaban unos a otros.

Y como eran muchos y muy sensibles, el lugar se llenó de lágrimas, gemidos y suspiros por la difunta rana.

Los loros salvajes que tenían sus nidos en los sauces se despertaron malhumorados.

—¡Tanto barullo por una rana! —protestaron. Y convencidos de que en aquel lugar les resultaría imposible dormir, y viendo que sus plumas empezaban a empaparse de llanto, tomaron la decisión de marcharse de allí.

La bandada de loros voló rumbo a un robledal que quedaba del otro lado de la colina. También ellos era muchos, y no dejaban de graznar maldiciones contra los sauces llorones.

Entonces, pasaron junto a la ventana de Esmeralda, la prima del campesino. La prima Esmeralda oyó el alboroto, y se levantó de su cama para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

“Parece que estos pajarracos me han quitado el sueño”, se dijo Esmeralda. “Me sentaré en el porche a tomar el aire de la noche”.

Para no aburrirse, la prima de nuestro campesino se llevó un tazón lleno de aceitunas condimentadas con laurel y albahaca.

Entre todo el montón de aceitunas descubrió una particularmente grande, y pensó que debería tener un excelente carozo para escupir. La prima Esmeralda se colocó en posición, puso sus labios en forma de silbido, y disparó. El carozo que tenía dentro de su boca salió con la fuerza de un proyectil, y se fue lejos por el aire lejos. “¿Adónde habrá ido a parar?”, se preguntó Esmeralda.

Pues, el carozo de aceituna había atravesado toda la aldea para entrar por la ventana abierta del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas. Y había dado en el centro de la cabeza del guardia nocturno, que estaba profundamente dormido.

Entonces, el guardia del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas se despertó sobresaltado.

—¿Qué extraña cosa habrá pegado en mi cabeza? —pensó, pasándose la mano sobre el dolor.

Y para aliviar el mal despertar, se dispuso a preparar un té de menta.

Miró por rutina la pantalla conectada al radar que detectaba plagas, granizos y otros males.

El pobre guardián demoró en creer lo que estaba viendo. Pero, le gustara o no, la verdad estaba nítida frente a sus ojazos abiertos: una terrible plaga de langostas volaba hacia la zona de los huertos. En poco tiempo, los huertos serían devorados por aquellos insectos eternamente hambrientos. El guardián del Instituto Agronómico de Parques, Prados y Praderas supo que debía actuar con velocidad. Sin perder ni un segundo, pulsó el control que alertaba a las patrullas de fumigación.

Los fumigadores, que cobraban dinero extra por cada desgracia evitada, se hicieron presentes con una rapidez imposible. Piloteando dos viejos y ruidosos helicópteros, vestidos con trajes a prueba de intoxicaciones y cubiertos con sus máscaras protectoras, casi parecían dibujos animados.

La plaga fue rodeada y saturada de humos mortíferos. Primero las langostas sintieron un olor extraño, luego perdieron el rumbo, después comenzaron a entrechocarse unas con otras. Finalmente cayeron al suelo como gotas de lluvia. ¡Y adiós, mala tormenta!

A la mañana siguiente, el campesino se levantó muy temprano, como era su saludable costumbre. Su mujer se había levantado antes que él, y estaba de pie en el porche.

—¡Lo sé! Vas a decirme que oyes venir una desgracia. —Y por hacerle burla, habló igual que ella —: Ya llega, ya viene, está cerca...

—No iba a decirte eso —murmuró su esposa.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y por qué estás parada en el porche tan de madrugada?

La campesina no era mujer de perder con gusto. Sin embargo, tuvo que decir la verdad.

—Pues aquí estoy... Oyendo crecer las lechugas.

Su marido se fue a la cocina riendo con la boca abierta, el estómago de arriba para abajo, y el corazón alegre.

—¡Y no te rías tanto! —dijo su esposa, que había ido tras él—. Tal vez fue el buen Dios quien se llevó la desgracia. ¡Pero que venía, venía!

—¡Pero que se ha ido, se ha ido! —respondió el campesino sin dejar de reírse.

—Debo darte razón en eso. Aunque de algo estoy muy segura.

—¿Y de qué estás tan segura, mujer mía?

—Estoy segura... —La mujer se colocó el delantal de cocina—. ¡Estoy segura de que tus carozos de aceituna no tuvieron nada que ver en este asunto!

Luego se dio vuelta, y comenzó a picar una montaña de perejil.

NEGRO

Agitó las pestañas, arqueó las cejas, levantó el bigote.

Las pestañas, las cejas, el bigote, se rascó la cabeza con las uñas sucias de carbón y entreabrió los ojos.

Bruno despertaba muy temprano para iniciar la jornada de trabajo. Su casa quedaba en la calle 13, en la parte baja de la ciudad.

La casa en la que Bruno vivía había sido abandonada muchos años atrás. La gente murmuraba que sus dueños habían partido de viaje para no regresar nunca.

Bruno recuperó de las ruinas una sola habitación, y allí se quedó a vivir. El resto de la casa era casi un baldío con algunas paredes descascaradas. El viento y la lluvia se habían llevado gran parte del techo. Los ladrones se habían llevado todo lo demás. La casa se parecía tanto a la intemperie que hasta plantas crecían entre los tablones del piso. Y en los rincones, las ratas festejaban.

Bruno se sentó en su catre. Era invierno, y como el carbón se había apagado varias horas atrás, el lugar estaba muy frío. Se levantó y caminó envuelto en su manta carcomida.

Primero miró a ver si le quedaba café. Después, puso a hervir agua en su hornalla de hierro. Entonces, como todas las mañanas, tuvo que buscar la única taza que tenía. Siempre le costaba encontrarla en el revoltijo de su habitación. Pero, finalmente, su taza aparecía en lugares absurdos y con la borra del día anterior pegada en el fondo.

—¡Aquí estás, vieja mañosa! —dijo Bruno, sacando la taza de abajo del catre. Le sopló los montones de pelusa que se le habían pegado, y la rebalsó de café amargo.

Bruno, el deshollinador, se sentó a tomar su desayuno sobre dos ruedas de caucho apiladas.

El café en la taza era su espejo. Un espejo que mostraba solamente siluetas oscuras, un espejo nocturno. Sin embargo, Bruno lo prefería así. Mientras bebía, el deshollinador aprovechaba para adivinar su rostro:

—Esta barbota parece un plumero sucio, viejo. ¡Y qué me dices del hollín que traes encima...! ¡Tendrías que frotarte la piel con una estopa de metal!

Todas las mañanas de Dios, Bruno se miraba en su espejo de café y decía lo mismo. Sin embargo, nunca hacía nada por remediarlo.

—¡Bah, no te apenes, viejo Bruno! —acababa diciendo—. A las cucarachas que andan por aquí no les interesa tu aspecto.

Aquel día, no bien las campanas de la iglesia habían acabado de llamar a la primera misa, Bruno escuchó algo como un aleteo detrás de su puerta.

—¿Qué clase de pajarraco está estorbando mi desayuno? —gritó.

Bruno imaginó que se trataba de los niños lustrabotas. No sería la primera vez que se detenían a escribir sobre su puerta con trozos de carbón. “El *desoyinador* tiene la cara *susia*”, escribían. Y enseguida salían corriendo hacia la calle principal, donde pasaban el día limpiando zapatos.

“El *desoyinador* tiene la cara *susia*”. Y Bruno solamente sonreía. Levantaba el trozo de carbón que los niños habían dejado caer, y corregía lo que estaba mal escrito: deshollinador, sucia. Porque Bruno leía todas las hojas de periódicos que encontraba en la calle, y la forma correcta de las palabras se quedaba para siempre en su cabeza.

Y justamente aquella mañana, la mañana en que escuchó el aleteo, Bruno estaba alisando un pedazo de página para poder leerla antes de irse al trabajo. La fecha y una buena parte del texto habían sido arrancadas. Aun así, Bruno pudo adivinar la noticia: “Espectacular sub...” podía ser “Espectacular suba” o “Espectacular subida”. Y “...óleo” debía ser “petróleo”.

¡Bah!, qué podía importarle a un pobre deshollinador que subiera el precio del petróleo. El periódico no lo entusiasmaba demasiado y, además, se estaba haciendo tarde. Bruno dejó la hoja a un costado, terminó su café, y se vistió. Sobre la ropa de siempre se puso una capa de hule para que la llovizna del invierno no le torciera los huesos. Después se calzó las botas...

—Tenías que romperte hoy, vieja malagradecida —dijo Bruno, porque la suela de su bota izquierda acababa de despegarse hasta la mitad. Cuando Bruno caminó hacia el rincón donde guardaba sus herramientas de trabajo, supo que iba a tener que acostumbrarse a ese ruido. *Plaf*, golpeaba la suela contra el piso. Un paso y *plaf*, un paso y *plaf*...

Estaba llevando su mano hacia el picaporte, cuando de nuevo oyó el aleteo. De inmediato, golpearon a su puerta. Bueno..., nunca los niños habían llegado tan lejos.

—¡Escúchenme, viejos! —empezó a decir Bruno mientras abría. Pero tuvo que hacer silencio. Delante de él había una mujer toda vestida de luto. Un tul le cubría totalmente el rostro. De su mano, colgaba una pequeña jaula con un cuervo adentro.

A Bruno lo recorrió un temblor de espanto. Claro que sabía que la mujer de luto vendría a buscarlo algún día, igual que a todos en este mundo. Pero no imaginó que fuera tan pronto. Era joven todavía. Y aunque tenía bastante tos y la espalda lo torturaba, no le parecía encontrarse tan enfermo. El cuervo graznó como exigiendo atención para su dueña.

—¿Bruno, el deshollinador, verdad?

De nada valdría mentirle. Ella sabía muy bien a quién tenía que llevarse.

—Para servirle —contestó. Porque, a pesar del hollín de su rostro, Bruno tenía buenos modales.

—Voy a ser breve —dijo la mujer—. Tengo un día muy atareado, y no puedo perder tiempo en explicaciones innecesarias.

¡De modo que a ella le parecía innecesario explicar por qué llegaba sin previo aviso y golpeaba la puerta! ¡Y la gente debía resignarse a partir sin explicaciones hacia un sitio del que poco y nada se sabía! Bruno, el deshollinador, miró a su alrededor... Solamente vio hollín, tristeza y cucarachas.

“¡Y bueno, viejo!”, pensó. “No tendrás mucho que extrañar”.

Luego habló en voz alta:

—Mi estimada señora, no necesita usted explicarme nada. El viejo Bruno está listo para seguirla ahora mismo. No crea que me pesa demasiado abandonar todo esto. —Y señaló su pobre habitación.

—Me alegra mucho que lo tome usted con tanta naturalidad —dijo la señora—. Créame que no sucede a menudo. De todos modos, no debe usted venir conmigo ahora. He venido a avisarle que tiene tiempo hasta la medianoche para despedirse de “todo esto”. —Y frunció su bonita nariz, pensando que nadie podía entristecerse por dejar tanta cosa fea—. Hasta la noche, entonces.

Apenas quedó solo, Bruno perdió la calma que había aparentado en presencia de la señora. ¡La verdad era que no quería irse del mundo todavía!

—Vamos, viejo —se dijo—. No irás a ponerte a llorar ahora.

Para no llorar, Bruno respiró hondo. Entonces decidió que, por ser aquel su último día, iba a gastar las dos monedas que tenía guardadas desde hacía mucho tiempo dentro de un guante de cuero que había perdido su par. Las buscó, se las metió en el bolsillo, y salió a la calle. En el silencio de la

madrugada sus pasos sonaron tristes. *Plaf*, su tristeza, *plaf*.

Lloviznaba sobre la ciudad. Las fábricas de los alrededores ahumaban como siempre. Un gato se cruzó en su camino:

—¡Tarde me anuncias desgracias, viejo gato bribón! —dijo Bruno—. La señora de luto me las ha anunciado antes que tú.

La gente pasaba junto a él con la misma indiferencia de todos los días. Algunos obreros que iban al trabajo le murmuraron un saludo, casi sin despegar los labios. ¿Es que no se daban cuenta de lo que le sucedía?

Pero Bruno era un hombre al que le gustaba pensar las cosas del derecho y del revés.

—No te enojas con ellos, viejo. ¿Alguna vez tú te ocupaste de los que pasaban a tu lado?

Bruno se dirigía aquel día a limpiar las chimeneas del monasterio. Tenía bastante que caminar porque el monasterio quedaba en la parte alta de la ciudad. Ni aun entonces, tuvo Bruno la ocurrencia de faltar a sus obligaciones. Era deshollinador, y debía deshollinar mientras tuviera fuerzas. Bruno dobló por un callejón empedrado. *Plaf*, empedrado, *plaf*.

En dirección opuesta venía Melania, la mujer que vivía justo frente a su casa. Al parecer había salido muy temprano a hacer sus compras. Bruno siempre había pensado que Melania tenía unos maravillosos ojos oscuros, pero jamás se había atrevido a decírselo. Sabía que era viuda y sin hijos. También sabía que no era feliz, porque sus melancólicos suspiros atravesaban la calle cuando corría viento a favor.

Bruno pensó que, seguramente, era la última vez que la vería. Y ese pensamiento fue el que le dio ánimo para hacer lo que hizo. Detuvo a la viuda con una inclinación:

—Melania, tiene usted los ojos más bellos que he visto en mi vida —dijo Bruno. Y se preparó para recibir todo el desprecio del mundo. O algo peor.

Pero Melania no lo despreció. Ni hizo nada peor.

—¡Caramba! —dijo la mujer—. No imaginé que fuera capaz de decir cosas tan bonitas. La próxima vez que nos encontremos, ¡y si está usted aseado y deshollinado!, podremos conversar un rato.

La viuda continuó su camino, dejando a Bruno totalmente atontado. ¿Melania había dicho que estaba dispuesta a conversar con él, poniendo como única condición que se diera un buen baño?

“¡Claro que lo haré!”, pensó Bruno lleno de alegría. “Ahora mismo me detengo en la jabonería y compro un trozo de jabón y, tal vez, perfume. Y mañana mismo cuando la vea...”.

¿Mañana mismo? Dijiste “mañana mismo”, deshollinador. ¿Acaso olvidaste que esta noche se termina tu tiempo en este mundo?

Bruno pasó frente a la jabonería. *Plaf*... Pero siguió de largo sin detenerse a comprar nada.

Un poco más allá estaba el ciego que tocaba el violín. Hasta ese día, Bruno jamás le había prestado más atención que a los adoquines de la calle.

—¡Un centavito por la música! ¡Un centavito cristiano! —pedía el ciego, mientras tocaba una canción que quería ser alegre pero no podía.

Bruno, el deshollinador, pensó que debía hacer algo bueno antes de morir. Tomó una de las dos monedas que tenía y la echó en el sombrero que estaba a los pies del ciego. Su moneda era la primera del día y, por alguna razón, eso hizo que Bruno se sintiera un poco menos triste. Entonces, tuvo deseos de escuchar lo que el ciego cantaba.

“Parece que hoy harás lo que nunca hiciste, viejo”, pensó Bruno.

El deshollinador se sentó en el cordón de la vereda, bajo toda la llovizna, para escuchar lo que decían el ciego y su violín. La canción hablaba de un barco al que habían atacado los piratas; era una extraña historia que parecía venir de algún país remoto. Una historia que a nuestro Bruno le llenó los ojos de lágrimas. Apenas la canción estuvo terminada, Bruno se levantó. Cuando ya se había alejado varios pasos, *plaf, plaf, plaf*, el ciego lo detuvo:

—¡Eh, deshollinador!

Bruno no se asombró de que el ciego lo hubiera reconocido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada ocurre —respondió el ciego—. O probablemente sí.

—No entiendo lo que quieres decirme —dijo Bruno.

—Quiero decirte gracias.

—¡Ah! —Bruno hizo un gesto vacío—. Es por la moneda que te di.

—No es por la moneda... Muchos me dejan monedas, y siguen de largo. Pero tú te detuviste a escuchar mi canción, y así me devolviste el orgullo. ¡Gracias, deshollinador!

El ciego retomó su canto y Bruno, su camino. Música y *plaf*, música y *plaf*.

Bruno se fue pensando que no era mala idea detenerse a escuchar un poco de música antes de iniciar la jornada de trabajo. Podría hacerlo todas las mañanas a partir de ese día...

¿Todas las mañanas? Dijiste “todas las mañanas”, deshollinador. No olvides que tú ya no tendrás otra mañana para detenerte a escuchar música.

Después de bastante andar, Bruno llegó al lugar al cual se dirigía.

Los monjes le habían pedido que limpiara las chimeneas del monasterio. Y ahora Bruno estaba de pie frente al enorme edificio de piedra, viendo la gran tarea que tenía que realizar.

Las chimeneas del monasterio se veían muy bellas. Eran altas y delgadas, y estaban talladas con figuras espléndidas. Pero Bruno sabía muy bien que, del lado de adentro, las chimeneas eran algo muy distinto.

Todas las chimeneas tienen adentro una noche espumosa y poblada de murciélagos; son como una larga garganta de animal llena de restos inmundos. Y allí se metió Bruno a realizar su penosa y honrada tarea.

Anochece cuando terminó.

El monje portero acompañó a Bruno por el sendero que atravesaba los jardines del monasterio. Debía abrirle las puertas de rejas, y luego cerrar con cuidado. Mientras buscaba la llave en el manojo que llevaba colgado de su cinto, el monje portero le habló:

—Hoy realizaste tu trabajo mejor que nunca —dijo—. ¡Fíjate...! Se nota que nuestro monasterio respira mejor.

Bruno miró. Era cierto lo que el monje portero le decía. Las paredes de piedra parecían ensancharse y apretarse como hace el pecho en la respiración.

Cuando Bruno salió, el monje cerró con dos vueltas de llave, saludó con la mano y se fue. De un lado de la verja se oían los suaves pasos del monje que se alejaba; del otro lado se oía *plaf, plaf, plaf*.

Pero Bruno ya no le prestaba atención a la suela de su bota. Iba pensando en lo que el monje le había dicho.

—¡Qué bueno es saber que un deshollinador es alguien que le devuelve la vida a los lugares! —

dijo Bruno para sí mismo—. Un deshollinador no es un quita-mugre, sino alguien que ayuda a respirar. ¡Pensaré en eso cada vez que realice mi trabajo!

¿Cada vez que realices tu trabajo? ¿No puedes entenderlo? Ya no habrá más chimeneas para ti, deshollinador.

De regreso a su casa, Bruno tomó por la calle principal de la ciudad. Allí donde se sentaban los niños, uno muy cerca del otro, ofreciendo lustre de zapatos.

Aquellos niños eran los que escribían con carbón en su puerta: “El *desoyinador* tiene la cara *susia*”.

Bruno los miró. Estaban mal vestidos y temblaban de frío bajo la noche lluviosa. Lo más seguro era que no tuviesen nada en su estómago. Él, en cambio, había comido muy bien en la cocina del monasterio. Aún le quedaba una moneda con la que tenía pensado comprar vino tinto.

“Un vaso de vino no remediará nada”, pensó Bruno. “Será mejor que enfrente a la señora de luto con mi cabeza despejada”.

Luego pensó que si se apuraba podía encontrar abierto el despacho del chocolatero.

—Deme todo en chocolate —dijo Bruno poniendo su moneda sobre el mostrador.

Las barras de chocolate estaban apiladas según sus variedades.

—¿Solo, con pasas de uva o con maní? —preguntó el chocolatero.

—Con pasas de uva —decidió Bruno.

—Es la primera vez que vienes a comprar chocolate —dijo el chocolatero.



—Es la primera vez que me voy a morir —respondió Bruno.
—¿Qué dijiste? —El chocolatero pensó que había entendido mal.

Bruno creyó conveniente cambiar de tema.

—Chocolatero, ¿alguna vez te detuviste a escuchar la canción del ciego?

—La verdad, no.

—Pues, te aconsejo que lo hagas —dijo Bruno—. Es muy bella, y habla de piratas.

El chocolatero le entregó a Bruno un gran trozo de chocolate envuelto en papel.

Bruno iba a marcharse, pero antes de salir volvió la cabeza:

—Chocolatero, ¿hace mucho tiempo que no le dices a tu mujer que tiene los ojos más bonitos del mundo?

—La verdad, ya ni recuerdo la última vez que se lo dije.

—No dejes de hacerlo hoy mismo —dijo Bruno.

Recién entonces, el deshollinador abandonó la chocolatería, y se dirigió hacia donde estaban los niños lustrabotas. *Plaf*, paso con chocolate, *plaf*.

Los niños lo vieron acercarse. Se miraron unos a otros temiendo que la paciencia del deshollinador se hubiese terminado.

—¡Miren quien viene ahí!

—Debe ser por lo que escribimos en su puerta.

—¡*Chist!* Disimulen... Si pregunta, nosotros no sabemos ninguna cosa.

Pero, para sorpresa de los pequeños lustrabotas, Bruno no hizo preguntas. Abrió su paquete, y comenzó a repartir chocolate. Los niños abandonaron su cajón con cepillos y betunes.

—Despacio —decía Bruno, con los niños alrededor—. Alcanzará para todos.

En poco tiempo, todas las caritas estaban chorreadas de chocolate. Bruno los miró uno a uno. Muy despacito empezó a cantar:

—¡Los niños tienen la cara sucia...,

los niños tienen la cara sucia...!

Los primeros en tragar su chocolate le siguieron el juego:

—¡Bruno tiene la cara sucia,

Bruno tiene la cara sucia...!

Y luego se señalaron con el dedo:

—¡Tú tienes la cara sucia...,

yo tengo la cara sucia!

Al rato, estaban jugando:

—¡La noche tiene la cara sucia,

todos tenemos la cara sucia!

Todavía jugaban, cuando las campanas de la iglesia dieron las diez. La mujer de luto había dicho que llegaría a buscarlo a la medianoche. A Bruno, el deshollinador, le quedaban solamente dos horas de tiempo. Se despidió de los niños porque quería hacer algunas cosas antes de que la mujer de luto golpeará a su puerta.

—Deshollinador —dijeron los niños—, ¿vendrás mañana a jugar con nosotros?

Pero como a Bruno no le gustaba mentir, no les respondió nada. Adiós, *plaf*, adiós.

Bruno corrió a su casa de la calle 13. Había decidido que quería estar muy limpio y cambiado para partir. Llegó con el tiempo justo. Llenó con agua fría un medio tanque de querosene, y se dio el mejor baño que recordaba.

En una vieja maleta, guardaba una camisa y un pantalón que habían pertenecido a su padre. La ropa tenía un poco de olor a encierro y estaba algo comida por las polillas, pero se veía limpio. Todavía le sobraron algunos minutos que Bruno utilizó en afeitarse su barba. Lo único que no pudo hacer fue arreglar la suela de su bota.

Era medianoche. Se sintió un aleteo. Golpearon a su puerta.

—Llegaste justo a tiempo —le dijo Bruno a la mujer de luto.

—Siempre lo hago —respondió la mujer—. Son las reglas de mi trabajo.

—¿Y no te apena el trabajo que realizas? —preguntó Bruno.

—Un poco. Pero alguien debe hacerlo.

La mujer miró a su alrededor.

—Veo que aquí todo está igual que esta mañana. ¿No piensas llevar nada contigo?

—Supongo que nada de esto va a hacerme falta.

La mujer se encogió de hombros, y levantó el velo que cubría su rostro.

—Eso lo decides tú, deshollinador. —Luego señaló la salida—. Bien, es hora de marcharnos.

Bruno le dio una última mirada a la que había sido su casa durante varios años. De repente, cruzó por su mente la idea de escaparse:

“No me costaría mucho hacerla a un lado”, Bruno estudiaba la situación. “Al fin y al cabo, soy más fuerte que ella... La aparto de mi camino, salgo de aquí corriendo y me pierdo en las calles de la ciudad”.

La mujer de luto tosió con delicadeza.

—Espero que no estés pensando en hacer tonterías. No pierdas ahora tu compostura, deshollinador.

Sin dudas, era imposible engañarla. ¡Qué ingenuo había sido creyendo que podía escapar al destino!

—Por otra parte —siguió diciendo la mujer de luto—, lo único que podrás conseguir es un poquitito así de tiempo. —Y juntó dos dedos.

Bruno, el deshollinador, levantó la mirada. ¿Cómo que un poquitito así de tiempo? Él hubiese jurado que con la muerte no había negociación posible.

—¿Cómo que un poquitito de tiempo? —preguntó.

—No te ilusiones, mi estimado deshollinador —respondió la mujer—. Soy la mejor abogada de la ciudad. ¡Un desalojo es cosa de nada para mí!

Bruno se quedó inmóvil como un trozo de roca. Sin embargo, no quiso apurarse a ser feliz. Cuando logró hablar, lo hizo a los tropezones.

—¿Está diciéndome que es usted una abogada, y que viene a desalojarme de este lugar...?

La mujer de luto abrió grande los ojos. Estaba verdaderamente confundida.

—¿Y de qué otra cosa estuvimos hablando?

—¡Es una simple abogada, y simplemente viene a desalojarme...! —Bruno lanzó una sonora carcajada. El deshollinador se reía de sí mismo.

La mujer de luto creyó que la risa era para ella, y se sintió ofendida en su orgullo profesional.

—Señor mío, sepa que soy una abogada de renombre. ¡Y un desalojo es algo muy serio!

A partir de ese instante, cada uno comenzó a hablar de lo suyo, sin escuchar al otro.

—¿Me está diciendo que podré seguir limpiando chimeneas para que la ciudad respire?

—Estoy exigiéndole, en nombre de los legítimos herederos, el inmediato abandono de esta

propiedad.

—¿Está diciéndome que podré escuchar la canción de los piratas antes de ir al trabajo?

—Estoy diciéndole que este terreno será destinado a la construcción de un gran edificio.

—¿Está diciéndome que podré seguir jugando con los niños?

—Le estoy diciendo que cualquier obstáculo que ponga le ocasionará gastos extras.

—¿Está diciéndome que puedo ir ahora mismo a la casa de Melania para invitarla a dar un paseo?

Yo creo que las mujeres se enamoran paseando. Y si Melania se enamorase de mí, yo sería capaz de construir una pequeña casa sin hollín... ¿Está diciéndome que alcanzaré a arreglar la suela de mi bota izquierda?

—Estoy tratando de decirle...

Pero la señora abogada no pudo terminar. Bruno le estampó dos sonoros besos en las mejillas, y salió corriendo rumbo a la casa de Melania. Su carrera se oyó por toda la ciudad.

Plaf, ¡buena suerte, deshollinador! Plaf.





Liliana Bodoc

Liliana Bodoc nació en la ciudad de Santa Fe, el 21 de julio del año 1958. Siendo muy pequeña se trasladó con su familia a la provincia de Mendoza. cursó la Licenciatura en Literaturas Modernas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad nacional de cuyo. Ejerció la docencia durante algunos años. Su primera novela, *Los días del Venado* (primera parte de la trilogía de épica fantástica: *La saga de los confines*), fue editada en el año 2000 y recibió los siguientes galardones: Primer premio de narrativa 2001 de Fundación “Fantasía infantil y Juvenil”; distinción del iBBY (international Board on Books for Young People), 2001; distinción White Ravens, 2002, otorgada por la internationale Jugendbibliothek (alemania); Premio calidoscopio (Venezuela), 2003.

En octubre de 2002 se editó *Los días de la Sombra*, que recibió el Premio calidoscopio (Venezuela) en la categoría de Ganadores Juveniles 2003.

Su libro de cuentos *Sucedió en colores* recibió la recomendación del jurado del concurso Fundalectura y *Reyes y pájaros* fue recomendado por el Banco del libro de Venezuela como uno de los mejores libros de 2008.

En la Serie Roja, alfaguara, publicó *Diciembre Súper Álbum*, en 2003 y *El mapa imposible*, en 2008.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

AMIGOS POR EL VIENTO

EL MAPA IMPOSIBLE

DICIEMBRE, SÚPER ÁLBUM



© Liliana Bodoc, 2004

© De esta edición: 2011, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

www.librosalfaguarainfantil.com/ar/

© De las ilustraciones: Carolina Farías

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

ISBN ebook: 978-987-04-2006-4

Primera edición digital: septiembre de 2011

Conversión a formato digital: Newcomlab SL

Bodoc, Liliana

Sucedió en colores / Liliana Bodoc ; ilustrado por Carolina Farías. - 1a ed. -

Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2011.

EBook.

ISBN 978-987-04-2006-4

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Farías, Carolina, ilus. II. Título.

CDD A863.928 2

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal).

Alfaguara Infantil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfaguarainfantil.com

Argentina

www.librosalfaguarainfantil.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosalfaguarainfantil.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosalfaguarainfantil.com/co

Calle 80, n° 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.librosalfaguarainfantil.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosalfaguarainfantil.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosalfaguarainfantil.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosalfaguarainfantil.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosalfaguarainfantil.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosalfaguarainfantil.com/can

7ª Avda. 11-11

Zona nº 9

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosalfaguarainfantil.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosalfaguarainfantil.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosalfaguarainfantil.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosalfaguarainfantil.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosalfaguarainfantil.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosalfaguarainfantil.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosalfaguarainfantil.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosalfaguarainfantil.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosalfaguarainfantil.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51